

## Capítulos CFM 2023 LA ALEGRÍA DE CRISTO

### 1. La alegría es un asunto serio

Uno de los principales propósitos de este Curso de Formación Monástica es ayudar a los participantes a profundizar y madurar su vocación, particularmente la vocación monástica siguiendo a San Benito, quien a su vez siguió a los maestros de vida monástica que le precedieron: San Antonio y los otros Padres y Madres del Desierto, San Agustín, San Basilio, Casiano, etc.

Para profundizar en la comprensión de lo que significa la vocación monástica, es necesario comenzar primero por profundizar en lo que significa la vocación cristiana, la vocación de todo bautizado llamado a seguir a Jesucristo. Es un tema tan importante que no se puede agotar su profundización en un solo curso, ni siquiera en muchos cursos, porque es una realidad que cada uno de nosotros debe experimentar a lo largo de su vida. Cuando vemos el camino de los apóstoles durante los tres años que vivieron con Jesús y después de su Resurrección y Ascensión, queda claro que para seguir a Jesús es necesario profundizar continuamente en lo que esto significa para nosotros, comprender siempre aspectos nuevos, o comprender de nuevo aspectos que creíamos haber comprendido ya pero que la vida nos empuja a reconsiderar desde otros puntos de vista.

Durante este Curso quisiera profundizar en un aspecto esencial de la vocación cristiana y, por tanto, monástica, un aspecto que siempre corremos el riesgo de trivializar o descuidar: **la alegría**. Me parece importante ahondar en ella también porque los tiempos en que vivimos parecen llevarnos a descuidar la alegría en la vocación, a considerarla superficialmente y a la ligera. En cambio, la alegría es, paradójicamente, una cosa seria, quizá la cosa más seria de la vida. Quien no toma en serio su alegría no es feliz. Quien la vive a la ligera la pierde, y al perderla se da cuenta de que todo pierde sabor y belleza, incluso las realidades más importantes y sagradas de la vida humana.

Es significativo que san Benito nos invite a vivir las renunciaciones de la Cuaresma “*cum gaudio Sancti Spiritus* – con la alegría del Espíritu Santo” (RB 49,6), es decir, que nos invite a cultivar la alegría precisamente cuando se intensifica la disciplina ascética. Sabéis que san Benito dice que la Cuaresma es el tiempo en que los monjes y las monjas vuelven a la verdad de su vocación. “Aunque de suyo la vida del monje debería ser en todo tiempo una observancia cuaresmal, no obstante, ya que son pocos los que tienen esa virtud, recomendamos que durante los días de cuaresma todos juntos lleven una vida íntegra en toda pureza y que en estos días santos borren las negligencias del resto del año.” (RB 49,1-3)

Pero esto vale para todos los bautizados, porque toda la Iglesia vive la Cuaresma. Lo que significa que la vocación monástica, tal como la concibe san Benito, es una llamada a ir hasta el fondo de la vocación cristiana, la vocación bautismal que consiste en encontrar en la fe en Cristo Redentor y en la comunión con Él la plenitud de vida para la que todo ser humano es querido, creado y amado por Dios.

Cuando San Benito nos pide que vivamos las renunciaciones de la Cuaresma “con alegría en el Espíritu Santo” nos hace comprender entonces que el tema de la alegría es inseparable del tema de la vocación fundamental de todo hombre que es la llamada a encontrar en Cristo la plenitud de la vida, la vida eterna.

Pero también nos hace comprender que esta plenitud de vida y de alegría se nos da en la adhesión al misterio pascual, se nos da en Cristo muerto y resucitado por nosotros, es decir, en el misterio hacia el que quiere conducirnos el tiempo de Cuaresma. Y puesto que la vida monástica debe ser siempre cuaresmal, entendemos que lo que debe orientar siempre la vida de los monjes y monjas, como la vida de todo cristiano, es la Pascua. En efecto, todo el año litúrgico tiene como origen, centro y finalidad la celebración de la Pascua del Señor.

En el mismo capítulo 49 de la Regla, sobre la observancia de la Cuaresma, San Benito expresa esta realidad de manera muy incisiva cuando dice que cada monje “prive a su cuerpo algo de la comida, de la bebida, del sueño, de las conversaciones y bromas y espere la santa Pascua con la alegría de un anhelo espiritual - *et cum spiritalis desiderii gaudio sanctum Pascha expectet*” (RB 49,7).

Este pasaje de la Regla es un excelente resumen para comprender la naturaleza de la alegría cristiana y cómo está vinculada a la realización en Cristo resucitado de nuestra humanidad, de toda nuestra humanidad. Espero que los Capítulos de este año nos ayuden a profundizar y asimilar este concepto de vocación y alegría. Lo espero porque cuanto más pasan los años y cuanto más acumulo experiencias visitando comunidades y monasterios y encontrándome con monjes y monjas, pero también con muchos religiosos, sacerdotes, laicos de diferentes culturas, de diferentes edades y sensibilidades, pues: cada vez tengo más claro que es inútil abordar los muchos problemas y dificultades que surgen si no volvemos una y otra vez al problema fundamental de la vida, de la vocación: el de desear y encontrar la alegría de Cristo, la alegría en Cristo como plenitud de nuestra humanidad.

Y ¡qué importante es ayudarnos en esto, formarnos en esto! Normalmente un joven, un adolescente, lleva dentro este anhelo de alegría y siente el drama que supone su búsqueda, es decir, sufre la falta de la verdadera alegría. Por eso en la adolescencia se suele estar triste, verdaderamente triste, porque el corazón sufre por carecer de aquello para lo que fue hecho. Luego, con el paso del tiempo, a menudo es como si las falsas alegrías consiguieran tapar este anhelo, consiguieran, como las drogas, anestesiar el anhelo de plenitud del corazón. Lo notamos también en nosotros, lo notamos en los monasterios, lo notamos en los que son maduros en la fe, en los que están comprometidos con la Iglesia. Es como si descuidáramos el corazón de la vida, distraídos por todo lo que somos y hacemos. Así nos encontramos viviendo y actuando sin alegría, sin pasión, sin vida.

Por eso me parece brillante lo que nos aconseja san Benito en el capítulo sobre la Cuaresma, porque nos ayuda precisamente a redescubrir el corazón de nuestro corazón, el alma de nuestra alma, lo que sofocamos bajo el comer, el beber y el dormir, bajo la cháchara y las alegrías superficiales que nos disipan. Hoy, san Benito habría añadido sin duda el uso de Internet, de los teléfonos móviles, de las redes sociales, bajo todo, en definitiva, lo que impide que brote y fluya en nuestra vida un manantial profundo: el manantial del deseo espiritual que espera gozoso la Pascua, que anhela como la cierva el agua viva que sale del corazón del Resucitado.

Así pues, comencemos el camino de este año, en primer lugar, tomando conciencia de cómo y cuánto nos distraemos de esa fuente silenciosa del deseo de Cristo, de nuestra vida y de nuestra alegría, que es nuestro corazón.